

SALVADOR CLARAMUNT

*LA OTRA EUROPA**

La Historia de Europa es un verdadero manual de esquizofrenia política, en donde los odios religiosos, las rivalidades étnicas, las ambiciones personales, los intereses económicos y los nacionalismos supeditados a los cuatro motivos anteriores engarzados con la excusa de la Historia, han moldeado a través de los siglos a un continente que se cree el centro del mundo y que muchas veces no ha hecho más que iniciar su propia autodestrucción, precisamente en los momentos que más feliz creía hallarse y que estaba a punto de alcanzar la mítica Edad de Oro, aunque ésta sólo fuera de carácter religioso o económico según los tiempos.

El concepto de Europa para los nacidos en la parte occidental del Viejo Continente tiene unas connotaciones restrictivas fruto de su visión cultural, tanto o más como lo pueden tener los habitantes del centro, este o norte de Europa. El título de la presente intervención bien pudiera modificarse por el de «Las otras Europas», pero en ese afán simplista y restrictivo que nos envuelve a los europeos occidentales por influencia ya sea francesa o anglogermana, nos ha llevado a marcar una sólo diferencia para la plenitud medieval: los pueblos cristianizados desde Roma y los pueblos cristianizados desde Constantinopla. Por lo tanto la otra Europa serán los de lengua eslava y religión ortodoxa, y los griegos si damos como válida la división anterior.

Se ha llegado a afirmar que esta parte de Europa, que aquí denominamos «La Otra Europa», se distingue por que en ella «se ignora la ciencia de olvidar, de que los acontecimientos vayan más allá que los documentos». Y buena prueba de ello lo estamos viendo constantemente en el conflicto que asola en este momento a buena parte de la península balcánica. De todas maneras a lo largo de la Historia europea hemos tenido, tenemos y desgraciadamente tendremos abundantes ejemplos de que en todos los rincones geográficos hay páginas verdaderamente vergonzosas que hay que olvidar, cosa que por las características del género humano parece del todo imposible.

* Texto de la conferencia impartida el 30 de junio de 1993 en la «XXI Semana Internacional de Estudios Medievales» que se celebró en Barcelona con el título de *Europa en la mentalidad y las realizaciones medievales*.

La Historia es como un viejo baúl del que se sacan los argumentos que uno necesita para cometer las mayores barbaridades, y quedar tan tranquilo porque ha encontrado una explicación que autojustifica la aberración o locura de turno.

Nuestra autoengredida concepción histórica desde un punto de vista eurocéntrico-occidental nos hace despreciar cuanto ignoramos o simplemente aquello que no encaja con nuestra visión y explicación del mundo, que pomposamente llamamos racional. Es la interpretación del que se cree en posesión de la verdad, y que desgraciadamente de modo reiterativo y continuado la han ido practicando todos los pueblos individualmente, todas las culturas genéricamente, e incluso las más variadas civilizaciones de manera más globalizada.

Ahora que está de moda la unidad europea movida desde el impulso económico, nos olvidamos, quizás porque no interesa, que ya hubo otros intentos de unidad pero bajo los impulsos de la religión o del caudillismo político (muchas veces este caudillismo asociado a la propia religión o viceversa), que fracasaron por razones muy simples, la propia dinámica del ser humano que se complace en su ridícula vanidad, en su soberbia, en su engreimiento y en su ambición, y sobre todo en su cortedad de miras.

El profesor Francesco Giunta en un magnífico libro titulado *La coesistenza nel medioevo*,¹ ya insiste en la problemática de la coexistencia en los orígenes de la Edad Media, en la época de las invasiones germánicas, hasta que se encontró un *modus vivendi* entre dos mundos antagónicos. Situación a la que se llegó después de un largo camino, gracias en parte a la labor del Cristianismo que insistió una y otra vez en que todos somos una sola cosa en Cristo. Y esta aportación de Giunta es todavía más válida ya que se hace desde Sicilia, uno de los pocos crisoles europeos en donde se han ido superponiendo culturas y civilizaciones de modo muy distinto a lo que ha sucedido y sucede en los Balcanes o en otros rincones del continente.

Pero este avance pronto no será más que un espejismo local, frente a la contraposición entre Oriente y Occidente, entre dos mundos ideales que encuentran su propia expresión política, económica, social, cultural y artística en dos bien definidas y antitéticas realidades políticas, que desde la Alta Edad Media constituirá el motivo dominante y vital de toda la Historia posterior hasta hoy mismo.

El dualismo Grecia-Roma, primero, y Roma-Bizancio, después, es en realidad el sustrato histórico del contraste actual que hasta hace muy poco existía en el mundo, y que volverá a resurgir de nuevo una vez pasado el manifiesto desconcierto actual. Tenemos en Europa dos mundos, dos realidades diversas, que, en el decurso de los siglos, llegan incluso a encontrar a veces la posibilidad de intercambios provechosos, en los momentos que podemos llamar de coexistencia pacífica, y que la generación que le tocó vivir esta época más o menos dulce siempre se creyó (y también se cree

1. Francesco GIUNTA, *La coesistenza nel medioevo*, Dedalo libri, Bari, 1968.

hoy) de que por fin se han enterrado todos los viejos demonios europeos o de la llamada civilización occidental.

Lo que Cyril Mango ha titulado como *La civilización bizantina* en un espléndido libro,² Dimitri Obolensky lo llama *La Commonwealth bizantina* en otra no menos antológica publicación,³ obras que nos presentan claramente resaltados dos aspectos: por un lado la Historia de las relaciones de Bizancio con los pueblos de la Europa Oriental; relaciones –de orden político, diplomático, económico, eclesiástico y cultural– que hay que considerar tanto a la luz de la política exterior del Imperio Bizantino, como desde el punto de vista de los pueblos del Este europeo que, por propia iniciativa o respondiendo a las solicitudes e intereses provenientes de Bizancio, fueron atraídos a su órbita. Por el otro lado, a través de las relaciones establecidas por estos pueblos con el Imperio Romano de Oriente en la Edad Media, sus clases dirigentes y culturalmente preparadas fueron llevadas a adoptar muchos trazos de la civilización bizantina, llegaron a formar parte de una común tradición cultural y, sucesivamente, también a aportar su contribución a esa misma civilización.

Tal tradición era el fruto del concurso simultáneo de elementos diversos. Entre estos baste únicamente recordar la fe común profesada por la cristiandad oriental; el reconocimiento de la primacía de la Iglesia de Constantinopla; la admisión –al menos tácita– de que el emperador bizantino estaba revestido en alguna medida de autoridad sobre toda el área del cristianismo ortodoxo; la aceptación de las normas del código romano-bizantino; y la convicción de que los modelos literarios y las técnicas artísticas elaboradas en las escuelas, en los monasterios y en los centros artesanales del Imperio eran de valor universal y dignas de ser imitadas.

La herencia bizantina de estos países del Este europeo fue un componente bastante significativo de su tradición medieval, que se justificaba por el hecho de que en ciertos aspectos formaban una única comunidad internacional.

El primer problema de entre los muchos que surgen al abordar el tema de esta Europa es en primer lugar el área geográfica ocupada por los herederos europeos de Bizancio, que cambió en el curso del tiempo, expandiéndose en algunas regiones, contrayéndose en otras. La tierra que formó el núcleo central de esta comunidad fue la Península Balcánica, la patria de los griegos, eslavos y albaneses. En los siglos noveno y décimo llegó a incluir Rusia, y en la Baja Edad Media también las tierras rumanas (Valaquia y Moldavia). Durante muchos siglos, también, la civilización bizantina tuvo un cierto impacto en el Danubio medio, e influyó en la primera

2. Cyril MANGO, *La civiltà bizantina*, Laterza, Bari, 1991, si bien el título de la edición original es *Byzantium. The Empire of the New Rome*, Londres, 1980.

3. Dimitri OBOLENSKY, *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1971.

cultura medieval de los moravos, los checos y los húngaros. Quedan sin embargo excluidas Sicilia, Venecia y las tierras del Caúcaso que a pesar de haberse encontrado durante siglos en la órbita cultural bizantina, por razones geográficas no pueden ser consideradas como integrantes de esta otra Europa.

Los bizantinos, desde su punto de vista, creían que la organización política de este mundo formaba parte del orden divino. La gran mayoría de ellos daba por descontada la idea de que la autoridad de su emperador era universal. No tenían ni siquiera un término especial para indicar la entera comunidad de los pueblos satelizados. Bárbaros antes de convertirse al Cristianismo, estos pueblos, a los ojos de los bizantinos, se convertían con el bautismo en súbitos del emperador de la Roma de Oriente. Con una característica ambigüedad semántica, los bizantinos aplicaban los términos usados para describir su propio estado –*Basilea* (Imperio), *Oikoumene* (Universo habitado), *Politeuma* (gobierno, comunidad)– al grupo de naciones sobre las que reivindicaban su soberanía.

La soberbia y la vanidad del género humano se manifestó en el mundo bizantino en la creencia de que el futuro de la humanidad estaba íntimamente ligado a la propia supervivencia de su Imperio. Los fundamentos de esta visión escatológica provenían de la Biblia, de escritos apócrifos; y siempre que había guerras entre naciones, carestías, pestilencias, terremotos se interpretaban como el principio del fin anunciado. Pero en Bizancio confluían las creencias bíblicas trasladadas del pueblo hebreo a ellos mismos, la visión apocalíptica del Nuevo Testamento y la identificación de la Nueva Roma con el Cuarto Reino destinado a durar hasta el fin de los tiempos.

El reinado del emperador Anastasio (491-518) fue una época de intensa especulación escatológica. La razón es fácil de comprender, ya a partir del siglo tercero la opinión generalizada en el Oriente cristiano es que el mundo estaba destinado a durar seis mil años, por analogía a los Seis días de la Creación. La fecha final dependía obviamente del sistema de cómputo adoptado. Según la era alejandrina (la de Aniano), el fin del mundo sucedería el 508. Pero como no sucedió en dicho año fue necesario rehacer todos los cómputos. Una anécdota corrió por Constantinopla poco antes de la muerte de Anastasio; el emperador tuvo un sueño en donde se le apareció un ángel que le dijo: «Mira, ha sido tal tu avidez de riquezas que yo mismo elimino tus últimos catorce años de vida». Poco tiempo después Anastasio moría a los 88 años, un día azotado por una aparatosa tormenta. Era la explicación oficial de que sus medidas económicas, impositivas y su apoyo a los monofisitas le valieron el castigo divino.

Justiniano, para muchos cronistas bizantinos recordaba al infame emperador Domiciano, y era considerado como el propio Demonio o el Anticristo en persona. Tal es al menos la conclusión de Procopio en su *Historia Secreta* ya que el reinado de Justiniano había estado lleno de guerras, terremotos, pestes y las más diversas calamidades.

La crisis de finales del siglo VI y del VII, con el continuo empeoramiento de la situación, no hizo más que ejercer un parecido influjo en la mente de la población. El virtuoso emperador Tiberio (578-582) recibió el anuncio por parte de un ángel del Señor de que el fin del Mundo no sucedería en su reinado.⁴ Reconfortado por esta revelación pudo morir en paz. En cambio las expectativas de terribles calamidades fueron satisfechas durante el reinado del tirano Focas (602-10), ya que hubo una encarnizada guerra con los sasaníes y más tarde, todavía como consecuencia de su mal gobierno, un asedio de la capital por los ávaros (626). Todos los signos indicaban la catástrofe final. Una profecía atribuida al emperador persa Cosroes II proclamaba la supremacía «babilónica» a partir del año 591 y sobre todo a partir del 620. Hasta ahora todo el peligro por el Oriente lo representaban los persas, a partir de entonces fueron los árabes que no habían sido previstos, ni considerados hasta que el califa Omar entró en Jerusalén.

Después de numerosos aplazamientos formales del Fin del Mundo, éste fue enviado al 1492, de ahí la relativa tranquilidad de los habitantes de Constantinopla en 1453, y que se pudieran dedicar a organizar discusiones sobre el sexo de los ángeles.

Este breve resumen de la concepción del mundo por los bizantinos, nos ayuda a resumir su ideología política como una mezcla de elementos heterogéneos y diversos que se podrían enumerar, según la profesora Ahrweiler⁵, de esta forma:

- 1) Universalismo.
- 2) Nacionalismo.
- 3) Imperialismo, que tendía a lograr la *Pax Byzantina*.
- 4) El Patriotismo, esencialmente aristocrático, constantinopolitano, griego, ortodoxo, amén del provincial.
- 5) La utopía nacional.

Todo ello tendrá como base sustentadora, sobre todo a partir de finales del s. XI, un sentimiento antilatino y antioccidental, que dará forma definitiva a su propio patriotismo y a su propia ideología política. Como siempre sucede el mejor aglutinador del patriotismo nacionalista es encontrar un enemigo común que le amenace, cuando en realidad la causa de su fracaso ha sido siempre el no saber adaptarse a las nuevas circunstancias con humildad y afán de superación.

Formalmente en Bizancio comenzará este enfrentamiento ya en el s. IX (aunque de hecho ya existiera desde los mismos inicios por la preeminencia de los Patriarcados en los primeros siglos de la Iglesia), como un simple desacuerdo sobre la interpretación de textos patrísticos concernientes a ciertos puntos de la doctrina (emanación del Espíritu Santo) y a algunas prácticas litúrgicas (pan ácimo) y canónicas (celibato de los sacerdotes), detalles en realidad que no hacían más que enmascarar la realidad de las pretensiones de primacía de las sedes patriarcales de

4. Cyril MANGO, *La civiltà bizantina*, pp. 234-235.

5. H. AHRWEILER, *L'idéologie politique de l'empire byzantine*, Paris, 1975.

Roma y de Constantinopla. La evolución de esta problemática condujo finalmente al cisma definitivo de las Iglesias, pronunciado en 1054, cuando el cardenal Humberto, legado del Papa, y el patriarca Miguel Cerulario lanzaron, el primero de Santa Sofía, y el otro en el Santo Sínodo de Constantinopla, el anatema recíproco, en un encuentro de legaciones, que para colmo de ironía tenía que estudiar la aproximación y unión entre las dos Iglesias.

La ruptura era ya un hecho consumado a pesar del esfuerzo del propio emperador, interesado de que ésta no afectara a los intereses italianos. Pero aún así los cristianos ortodoxos y los cristianos romanos, que se mezclaban en Italia y en los grandes puertos comerciales, especialmente Constantinopla, se instalaron progresivamente en el Cisma, y comenzaron a tratarse mutuamente de cismáticos y de heréticos, adoptando cada grupo un comportamiento hostil y de incomprensión. En Bizancio proliferará un género nuevo de literatura eclesiástica: los tratados contra los Latinos; en donde se exponían con todo detalle para los espíritus más sencillos los errores de los Latinos. Eran como un *vade-mecum* del perfecto ortodoxo que debía conocer todos los agravios de la Iglesia de Roma y sus servidores.

Esta situación de diferenciación eclesiástica se agravó considerablemente a partir del momento en que los ejércitos occidentales realizaron operaciones contra el Imperio Bizantino. El conflicto militar apareció como una consecuencia de la hostilidad de las Iglesias, emponzoñando todavía más las ya de por sí deterioradas relaciones. Es en este contexto que se produjo la agresión normanda contra el territorio imperial. Por el tratado de Melfi, que signaba la alianza normando-pontificia, en 1059 (sólo cinco años después del Cisma), los normandos, brazo secular del papado según los bizantinos, iniciaban sus operaciones contra las provincias bizantinas de Italia, que finalizaron con la expulsión de la administración imperial, y que en 1081 intentaron la conquista del Épiro como primer paso para llegar a Constantinopla.

La política antibizantina de los normandos señala una etapa importante en la evolución de las relaciones entre Oriente y Occidente cristianos, ya que inaugura el conflicto armado de Occidente contra Bizancio, que era para los bizantinos la realización de los deseos oscuros formados por estos pueblos bárbaros, en su empeño de humillar al Imperio glorioso, cuyo único crimen era no obedecer a la Iglesia de Roma. Si tenemos en cuenta esta opinión sobre los normandos y que en las primeras cruzadas la participación de normandos fue muy importante (Bohemundo de Tarento), ya que se mostraron particularmente amenazadoras para Constantinopla, confirmaron a los bizantinos la desconfianza hacia los cruzados, que eran vistos como el brazo armado de Roma.

Hay que hacer notar que sin contar los resultados catastróficos para Bizancio de las cruzadas, éstas eran vistas completamente desde otra óptica que en Occidente y les parecían incomprensibles, ya que la Iglesia de Roma había usurpado un poder estrictamente imperial según la tradición romana. Además, la guerra para la

liberación de los Santos Lugares dejaba perplejos a los bizantinos, que veían, en el mejor de los casos, una usurpación de su título de defensores de la Cristiandad, y únicamente un pretexto para encubrir el expansionismo del Occidente sobre el Oriente.

Así el Cisma de las Iglesias, la agresión normanda contra el Imperio en Italia y en los Balcanes, la incomprensión territorial del fenómeno y de los príncipes de la cruzada, y también la desorganización de esta empresa, que recordaba a los bizantinos las invasiones bárbaras de otros tiempos –especialmente por el hecho de que los cruzados llegasen en oleadas y que cada grupo obedeciese a jefes diferentes–, les hicieron desconfiar de toda empresa llevada a cabo por los cristianos de Occidente.

Para el espíritu de los bizantinos, el Occidente cristiano, a pesar de su pluralidad política y de su diversidad étnica (lo mismo sucedía con el Oriente cristiano para los occidentales), formaba un todo, una unidad, y más todavía, una entidad opaca; este carácter se lo había conferido sobre todo la obediencia espiritual de sus pueblos a una autoridad común, el Papa.

De todo ello no sería exagerado decir que la noción de Occidente, en tanto que comunidad humana movida por los mismos valores, nació en Bizancio a finales del s. XI. Para los bizantinos todos los occidentales son latinos, independientemente de su pertenencia étnica y política; por otro lado la latinidad era como una especie de replica a la helenicidad; términos que designaban dos mundos diferentes por sus tradiciones culturales y sus aspiraciones intelectuales, y una vez que su lazo común, el Cristianismo, se rompió, estos dos términos acabaron por designar dos mundos adversos.

El divorcio definitivo se produjo con la destrucción del Estado bizantino por la Cuarta Cruzada en 1204, y la ruptura de su *Pax Byzantina*, que no era más que el orden del Imperio de los cristianos de Oriente.

* * *

Desde finales del s. XII el pueblo bizantino se consideró víctima de una agresión por parte del mundo Occidental en su conjunto –que a su vez se interpretaba como una ofensa a Dios–, ya que ellos eran «El Estado guardado y amado por Dios».

Después de las Cruzadas surgirá el conflicto véneto-bizantino, que presentará una faceta nueva de agresión occidental: la económica.

De hecho esta preponderancia se inició oficialmente (oficiosamente se dejaba sentir desde hacía tiempo) por la crisobula dada en 1082 por Alejo I Comneno (1081-1118), al principio de su reinado, y que por su importancia reproducimos:

«... y para remunerar de esta manera sus servicios (se refiere a los venecianos), he querido por la presente crisobula que ellos reciban cada año cuando se distribuyan los presentes, un donativo del Tesoro Imperial de veinte libras y puedan distribuirlo

según su voluntad entre sus iglesias. Honra mi majestad también a su noble dux con la distinguidísima dignidad de protosebasta con paga completa. Y tal honor no se atribuye únicamente a su persona, sino que tal dignidad se otorgará también de manera ininterrumpida y perpetuamente por sucesión a los futuros dux sucesores suyos. Honra la mi majestad también al Patriarca de Venecia con el título de «Hipertinos» (honorabilísimo), con un donativo de veinte libras.

... Concede mi majestad a los venecianos el poder de comerciar en cualquier parte de la Romania (el Imperio) y cualquier mercancía en Laodicea marítima, Antioquía, Mamistra, Adana, Tarso, Attalia, Strobilo, Quíos, Efeso, Focea, Durazzo, Vallona, Corfú, Modone, Corone, Nauplí, Corinto, Tebas, Atenas, Negroponto, Tesalónica, Crisópolis, Abidos, Adrianópolis, Heracleia, Selembría y en la misma gran ciudad (Constantinopla) y simplemente en todos los lugares bajo mi autoridad, no debiendo pagar ninguna mercancía el «commerkion» ni cualquier otro impuesto del Estado...»⁶

Estas concesiones económicas a los venecianos salvaron al Imperio en unos momentos difícilísimos, ya que la alianza con Venecia, junto con la rebelión de barones normandos en Apulia fomentada por el mismo emperador, y la muerte de Roberto Guiscardo, supusieron en 1085 un alivio para Bizancio. Pero estas concesiones económicas también fueron el inicio de un progresivo agravamiento cara al futuro de las relaciones con Occidente, esta vez encarnado por los venecianos y su privilegiado comercio.

En 1183 tuvo lugar, bajo Andrónico Comneno, la primera matanza generalizada de extranjeros en Constantinopla, de claro carácter antilatino y antiaristocrático. La reacción contra la infiltración occidental en el Imperio entrañará la reacción contra los príncipes que animaban la política de los grandes Comneno, considerados como responsables de la sumisión del Imperio a los hombres de Occidente. El patriotismo aristocrático de los Comneno, que querían hacer de Bizancio el Imperio prestigioso de antaño y erigir Constantinopla en el centro del mundo civilizado, será abandonado; un patriotismo apasionado y popular, animado por el odio antilatino, y un espíritu patriótico provincial, modesto en sus ambiciones pero firme en sus deseos, dictaron desde entonces la política ideológica de Bizancio que, cegado por la pasión antilatina, y amenazado por el Occidente y el Oriente a la vez, no podrá nunca jamás encontrar el ánimo que le había asegurado su grandeza.

Durante el corto reinado de Andrónico I Comneno (1183-1185) una descripción de Eustacio de Tesalónica manifiesta bien claramente hasta donde había llegado el odio entre los bizantinos y los latinos:

6. Texto publicado en S. CLARAMUNT, *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, ed. Montesinos, Barcelona, 1987.

«Contar las desgracias que entonces sufrieron los latinos, el fuego que devoró sus bienes, sin tener en cuenta los saqueos que sufrieron y los accidentes ocurridos en las playas y en las calles, sería empresa difícil. Ya que no sólo los latinos armados eran la presa de los hombres de Andrónico, sino que las gentes, que no podían defenderse, no suscitaban ni la más mínima piedad. De hecho las mujeres y los niños eran abatidos por sus espadas. Pero el espectáculo más horrible se daba cuando el hierro enemigo, abriendo el vientre de las mujeres embarazadas, sacaba el feto, que, después de haber visto antes de tiempo la luz del sol, era acogido por las tinieblas del infierno, muriendo antes todavía de estar perfectamente vivo. Y esto era bestial, y no comparable a otras formas de locura. Cayó también un sacerdote latino, no sé si venido en embajada de la antigua Roma o de Sicilia, o sea romano o siciliano. Y cayó con todos los ornamentos sagrados que él se había puesto en vez de las armas, con la esperanza de que los malvados lo respetasen...»⁷

Los odios ya están del todo desatados, las justificaciones largamente maduras, pero la base de todo este proceso de aceleración y plasmación del odio, mal que nos pese, ha sido cuando a las continuadas ofensas teológico-religioso-políticas se han añadido otras de carácter más vital, las económicas, que ponían en peligro la propia estructura comercial de Bizancio y su multiseccular hacienda, o sea el propio nivel de vida de sus ciudadanos.

Este mundo Bizantino tan homogéneo para los no ortodoxos. ¿Era en realidad una unidad total?, o ¿sucedió como a nuestro mundo occidental?, que estaba también lleno de odios ancestrales, de pueblos esperando el momento de independizarse o de imponer su propia hegemonía dentro del conjunto, de caudillismos oportunos y de todos los males que asolan al género humano.

Por eso es imprescindible que configuremos, aunque sea esquemáticamente, el mundo Bizantino en su interior:

Comenzando por los eslavos en Grecia, que helenizados y bizantinizados totalmente ya en el año 800, demuestran que esta asimilación hace patente la elocuente vitalidad y el prestigio de la civilización greco-bizantina.

Los búlgaros, instalados después del hundimiento del imperio Huno en el corazón del Balcán, llevarán su particular guerra contra Bizancio, hasta que en 1018 el reino búlgaro de Samuel fue incorporado por conquista de Basilio II al Imperio. El núcleo del reino de Samuel, Macedonia, se convirtió en el *tema* de Bulgaria, con capital en Skopje. Una vez derrotados totalmente los búlgaros el emperador pudo ser magnánimo, manteniendo el mismo sistema administrativo que en época del zar Samuel, a la vez que declaraba el arzobispado de Ochrida autocéfalo, independiente del Patriarcado de Constantinopla, asegurando así su unidad y autonomía. Pero esta

7. Publicado en S. CLARAMUNT, *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, ed. Montesinos, Barcelona, 1987.

magnanimidad de Basilio pronto fue olvidada por sus sucesores debido a la crisis económica y a la necesidad de imponer nuevos impuestos. En 1040 Bulgaria fue asimilada al sistema fiscal del Imperio, lo que provocó serias revueltas en los Balcanes. En 1165 Bulgaria se independizaba con Asen, el dominio directo bizantino sólo había durado 169 años, pero su impronta cultural fue mucho más profunda, dejando en su alfabeto, cultura y religión una huella que todavía perdura.⁸

Los serbios constituirán otro pueblo que caerá en la órbita de Bizancio, y que tal como demuestran reiteradamente los acontecimientos de este siglo parecen haber heredado la legitimidad imperial del Oriente y haber asumido la defensa del *limes* más occidental de la iglesia ortodoxa con la tácita pero efectiva complacencia de la Grecia comunitaria.

Poco después de la conquista de Bulgaria por Basilio II, casi todos los pueblos de los Balcanes, entre ellos los serbios, se sometieron a Bizancio, y como los búlgaros, también los serbios rechazaron el gobierno directo bizantino poco después de la muerte del emperador Manuel (1180), aprovechando los ataques de húngaros y normandos al territorio Imperial pero quedando en la órbita religiosa-cultural bizantino-ortodoxa.⁹

De los pueblos eslavos de Rusia será Kiev el primero en entrar en contacto con el Imperio. El matrimonio en el s. XI de la princesa, hija de Constantino IX Monómano, con el hijo más joven del príncipe Jaroslav de Kiev, sellará una conducta política invariable a través de los siglos, hasta llegar a considerarse como herederos del Imperio cuando éste desaparezca a manos de los turcos. El hijo nacido de este matrimonio en 1053 será una figura de relieve en la Historia rusa, será Vladimir de Kiev (1113-1125). La fidelidad de los rusos al Imperio fue salvaguardada sobre todo por obra de los metropolitanos de Kiev, que eran ciudadanos bizantinos nombrados por los patriarcas de Constantinopla.¹⁰ El camino hacia la tercera Roma, que no es otra ciudad que Moscú, quedaba abierto y todavía no se ha cerrado, a pesar del desconcierto actual después de la caída de la Roma atea del comunismo soviético a partir de 1990.

Para mantener este variopinto mosaico de griegos, eslavos, búlgaros, rumanos, albaneses, macedonios, que formaban y en cierto sentido forman la «Commonwealth» ortodoxo-bizantina, la diplomacia será el arma eficazísima utilizada por el Imperio, que tenía como base una estricta jerarquización de todos los pueblos conocidos según su importancia. Y que iba desde el Emperador de los Paganos (primero el Persa, después el Califa) a simples *gentes* que eran consideradas como aliados. Todo ello basado en la explotación de una de las mayores debilidades humanas, la vanidad, la

8. Dimitri OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, Bari, 1974, pp. 299-311 y 346-351.

9. D. OBOLENSKY, *Ibidem*, pp. 313-317 y 352-368.

10. D. OBOLENSKY, *Ibidem*, pp. 318-330 y 370-385.

soberbia y la vanagloria (entrega de títulos rimbombantes, como Sebasta, Protosebasta, Panhypersebasta, César, Sebastocrator, etc. a los reyes y príncipes, aunque incluso algunos de ellos son tildados de simples arcontes, título que a muchos les parecería de gran importancia).

En resumen, la hegemonía del Imperio Bizantino sobre los pueblos de Europa oriental tuvo tres bases fundamentales: la Iglesia ortodoxa, la soberanía universal del emperador y la aceptación del Derecho romano-bizantino. Y como colofón de los tres una consecuencia plástica, la difusión del arte bizantino, que adquirió personalidad propia en cada uno de ellos, pero manteniendo siempre una misma unidad estética.

La otra Europa no fue ni es mejor que la nuestra; ambas han dado reiteradamente muestras y por desgracia aún en la actualidad, de que todo tiene justificación y que se puede encontrar un antecedente histórico que permita las mayores aberraciones. Es una especie de venganza de la Historia que cíclicamente se va repitiendo a base de repristinar barbaries colectivas que parecían olvidadas, pero que en realidad sólo estaban aletargadas en espera de un nuevo calor humano generacional, siempre dispuesto a repetir lo mismo con distintas palabras o incluso, a veces sin ningún pudor, con las mismas.

Creo sinceramente que hay que ser muy duro con nuestra Historia europea, precisamente en un momento en que una gran parte de Europa Occidental, sumergida en una crisis económica (después de unas décadas de alegría despilfarradora llevada a cabo por unos gobernantes más atentos a satisfacer sus delirios de grandezas, que a asegurar un futuro más seguro que brillante) está más atenta a no perder el nivel de vida alcanzado, que a preveer el resultado futuro de la inmigración masiva de los pueblos mucho más desheredados que recuerdan el proceso migratorio de los siglos IV y V, pero con la diferencia de que ahora somos muchos más millones, las distancias informativas prácticamente no existen, y la similitud de que el hombre sigue siendo igual de vanidoso, soberbio, ambicioso, engreído, y que con casi toda seguridad en este momento globalizador cometerá los mismos errores que en tiempos pasados.

Finalizo con una pregunta: ¿pero de verdad ha habido, hay y habrá «Otra Europa»?; si la materia prima es la misma, la base religiosa idéntica, el espacio geográfico único y las rivalidades perennes, podemos aceptar tan tranquilamente esa división intelectual. O es que simplemente nos recreamos con esa división ficticia, para no intervenir, ceder o compartir, algo que no únicamente es patrimonio nuestro, sino de toda la Humanidad.